

JUAN CRISTÓBAL CALVETE DE ESTRELLA

# La Vacaida

*Introducción, edición crítica, traducción anotada  
e índices a cargo de*

Manuel Antonio Díaz Gito

Prólogo de Jesús Paniagua Pérez



INSTITUTO  
DE ESTUDIOS  
HUMANÍSTICOS



ALCAÑIZ - MADRID

2003

## PRÓLOGO

Abordar la redacción de este prólogo ha tenido para mí un especial significado, puesto que mis orígenes familiares me entroncan con el municipio de Izagre (León), lugar de nacimiento y tierra de señorío de don Cristóbal Vaca de Castro, el protagonista del poema *Vaccaeis* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella, cuya edición crítica, traducción y estudio introductorio hoy nos presenta el Dr. D. Manuel Antonio Díaz Gito. Por ello, en estos días de estío, he querido rematar mi trabajo en la vieja casa familiar de dicha localidad. Sin embargo, nada queda de los tiempos del que fuera gobernador del Perú. Las edificaciones de adobe y tapial disimulado u otras de ladrillo, rompiendo la tradición de la zona, han sido encaladas hasta el punto de transformar la fisonomía de este pueblo leonés, que se presenta en el espacio como una avanzadilla en tierras castellanas. Nada, pues, nos evoca aquí la figura de Cristóbal Vaca de Castro o su familia, ni siquiera los restos de una iglesia en la que se enterraban sus familiares y que ha sido esquilmada de sus restos artísticos a lo largo de la historia. De lo que debió ser la imagen de Izagre en tiempos de don Cristóbal sólo permanece la visión de los inmensos campos de cereales que nos rodean por doquier, verdadera riqueza de la zona, más en tiempos de nuestro hombre que en la actualidad.

Mi acercamiento a la figura y entorno de don Cristóbal Vaca de Castro data ya de fines de los años ochenta del pasado siglo, cuando junto con la Dra. Viforcós Marinas y por encargo de la Vasco Hullera Leonesa, afrontamos una biografía sobre este polémico personaje, juez elegido para dirimir un conflicto civil en una de las zonas americanas que más riqueza iba a aportar a la Corona. Ya entonces tuvimos que echar mano del trabajo inédito realizado por el Dr. Díaz Gito sobre la *Vaccaeis* de Calvete de Estrella, pues no conocíamos otra traducción de esta obra latina, que hoy se presenta para la comunidad científica, llenando uno de los muchos vacíos existentes en la historiografía americana.

Sobre el poeta e historiador Juan Cristóbal Calvete de Estrella, Díaz Gito nos hace un detallado estudio de su biografía y actividades, mostrándonos cómo responde a un claro ejemplo de las relaciones de verticalidad que se establecieron a menudo en la Edad Moderna entre muchos intelectuales y sus protectores. Queda bien claro que Calvete, desde su ingreso en la corte del

príncipe Felipe como Maestro de Pajes y, poco después, del propio príncipe, se destacó por la continua búsqueda de mecenas; de ahí su interés por agradecer a los prohombres de su tiempo, políticos e intelectuales, hasta el punto de que poco tendría que envidiar a Lope de Vega, quien más tarde se destacaría también por su afición a los encomios y las dedicatorias. Calvete tenía un claro propósito: obtener un puesto de cronista en la Corte, que le asegurara unas ganancias suficientes para mantener un digno nivel de vida en aquella España del siglo XVI y le abriera el campo de las influencias. No es de extrañar, pues, que, desde muy pronto y junto a su seria actividad historiográfica, se lanzase a la elaboración de escritos elogiosos, como ya había hecho en Barcelona, en la corte de Carlos V. Posteriormente, su vinculación y alabanzas al cardenal Espinosa y su entorno no sabemos con precisión qué consecuencias pudieron traerle. Pero no puede ser casual que el hombre de iglesia que había controlado las redes del poder mientras fue presidente del Consejo de Castilla de 1565 a 1572 fuese el destinatario de los *Munuscula ad Didacum Espinosam* de Calvete, precisamente en 1569, coincidiendo con la época en que este prelado se hallaba en la cúspide del poder. La repentina caída en desgracia del cardenal Espinosa y su fallecimiento en 1573 produjeron un cambio en el objetivo de los elogios de Calvete con vistas a su deseo de medrar; así, no dudó muy poco después en dirigir su poesía panegírica en la dirección de otra figura poderosa opuesta tradicionalmente al Cardenal, el Duque de Alba; a petición de la duquesa, Calvete se dedicó a elaborar el *Ad Excellentissimum et Magnanimum Principem Ferdinandum Aluarum Toletum Encomium* (1573). Sus esfuerzos por conseguir un puesto dentro de la crónica oficial acabarían dando sus frutos, pues en 1587 se le nombraba cronista latino de Felipe II. Mas poco iba a disfrutar de aquel pretendido honor nuestro ya achacoso escritor, pues moría muy anciano poco después, en 1593, tras haber bandeado entre los diferentes partidos que conformaban las redes de poder de la monarquía de Felipe II.

En cuanto a la *Vaccaeis* de Calvete de Estrella, como su traductor nos dice, el poema latino tiene un carácter laudatorio sobre una de las figuras más polémicas de las que actuaron en el Perú tras la conquista del imperio Inca: el poema gira en torno de quien fuera gobernador del Perú, don Cristóbal Vaca de Castro, hombre de más que dudosa reputación en sus andanzas americanas. Pero el personaje del licenciado don Cristóbal, por polémico, se hace especialmente sugestivo, ya que en él se concentran casi todas las contradicciones de una época de esplendor de la monarquía española, en la que las riquezas de las Indias sostenían una política internacional de continuos gastos y, por ende, de empobrecimiento paulatino; todo ello al mismo tiempo que los habitantes de la Península aspiraban a un enriquecimiento fácil, cada uno a su nivel, que conducía inexorablemente a una crisis interna que se manifestaría en todo su apogeo durante el siglo XVII. La tentación del oro y la plata de América estaba servida y era difícil sustraerse a ella. La empresa americana, por tanto, suscitó regueros de tinta de hazañas, ilusiones y des-

ilusiones, deseos, pasiones, utopías... no siempre bien conocidos, todavía, por cuestiones que mencionaremos.

Un hombre como Vaca de Castro, del que no se conocían escándalos en su actividad como jurista antes de pasar a las Indias, ni se conocerían después, tampoco pudo sustraerse a la tentación de obtener riquezas fáciles en el Nuevo Mundo, con las que engrandecer su patrimonio familiar e incluso comprar las influencias de personajes relevantes de la Corte, como quedó demostrado en una carta, interceptada en Panamá, destinada a su esposa doña Magdalena de Quiñones. Sin duda, Vaca de Castro es uno de los mejores ejemplos de la tentación que padecieron muchos españoles por el oro de las Indias, como medio de enriquecerse o de influir en sus pretensiones de ascenso social. Y al fin y al cabo, lo que queda probado en la figura de este gobernador es lo que denunciaron algunos humanistas y hombres del barroco de la época, como Pedro de Valencia, quienes consideraban que aquella riqueza fácil, a la postre, no era sino un mal para España.

Se puede contemplar una cierta semejanza entre Calvete, que canta un elogio, no siempre verdadero y muchas veces exagerado, para obtener los beneplácitos de la familia Castro y Quiñones, y su homenajeadó don Cristóbal: uno aspira a comprar favores a cambio de sus versos; el otro mediante unos capitales de dudosa procedencia de las Indias. Sin olvidar, como señala el Dr. Díaz Gito, los lazos familiares que unían a ambos hombres y que influyeron para realizar otras obras vinculadas a Vaca de Castro y familia, como el *De rebus Indicis*, igualmente centrada, a pesar de lo que promete su título, en el juez leonés, o el *De versuum genere epitome*, dedicada a su hijo don Pedro.

Las consecuencias de las tentaciones de riqueza y poder de Vaca de Castro en el Perú le llevarían, a su regreso a España, a conocer la vergüenza de un enjuiciamiento y la posterior condena y prisión. Aquello, desde luego, en una familia como la de nuestro hombre, entroncado con la alta nobleza leonesa de los condes de Luna, obligaba, de alguna forma, a limpiar la imagen del implicado. Sin duda, sus familiares, entre ellos su hijo don Pedro de Castro y Quiñones, que buscaba su promoción dentro de la alta burocracia del estado y de su carrera eclesiástica y, especialmente, el heredero Antonio, sintieron la necesidad de recuperar la buena fama del padre, según nos pone de manifiesto Díaz Gito. Por tanto, no se escatimaron esfuerzos para ensalzar al de Izagre, especialmente por parte del mencionado don Pedro de Castro, que llegaría a ocupar las sillas arzobispales de Granada y Sevilla sucesivamente. La recuperación del condenado debió de hacerse de forma casi inmediata a su salida de prisión y no sólo con el quehacer literario de Calvete, sino también, años más tarde, adaptando aquel panegírico a una serie de pinturas que todavía hoy cuelgan de las paredes de la suntuosa Abadía del Sacromonte de Granada, elevada sobre las santas cuevas del monte Valparaíso, donde se hallaron los falsos "libros plúmbeos" y otras reliquias, asunto del que don Pedro fue el patrocinador por excelencia y que

